



Identidades adolescentes trans. Aportes para una clínica psicoterapéutica con enfoque de género

María Gabriela Córdoba

Introducción

Hoy vivimos una reestructuración global en un terreno marcado por el género, por las luchas de los movimientos Feministas y LGTTBIQ+¹, que han modificado los vínculos al interior de la familia, en la conyugalidad, la parentalidad, la intimidad y la sexualidad. El proceso globalizador en el que estamos inmersos está marcado por la incertidumbre y por acelerados cambios que enfrentan a las subjetividades a un trabajo de construcción de estrategias para resolver las problemáticas vitales y las que imponen los vínculos con otros, en una realidad social compleja. Estos cambios de lo histórico-social inciden en la producción de la subjetividad, porque las certezas que brindaba la tradición pierden peso frente a lo nuevo, en un interjuego paradójico entre la demanda por la autonomía y el reclamo por la dependencia, y entre el individualismo que impone el neoliberalismo y el comunitarismo que aún instituye la tradición familiar. Si pensamos en la adolescencia, esto cobra un enorme sentido, pues los adolescentes tienen que encontrar herramientas para tramitar las nuevas realidades, procurarse sus objetos amorosos, invertir nuevos espacios y apropiarse de otros modelos identificatorios. Hay una multiplicidad de voces y espejos en los que cada adolescente intenta encontrar su identidad, y, en los convulsivos tiempos actuales, muchos de ellos atraviesan cuestionamientos identitarios genéricos, incrementan su accionar sin que medie una posibilidad reflexiva y padecen un profundo sentimiento de soledad en compañía, en una sociedad que valoriza el vértigo, lo excitante y el constante cambio.

¹ Las siglas hacen LGTTBIQ+ hacen referencia al Movimiento Lésbico, Gay, Transexual, Transgénero, Bisexual, Intersexual y Queer. El signo + incluye a todas aquellas personas que no se sienten incluidas en las siglas.

En nuestra región coexiste el intento de sostener una división binaria estricta masculino/femenino con una mezcla indefinida y ambigua de distintas formas de diversidades sexo/genéricas. Por lo tanto, abordar las relaciones entre géneros y adolescencias requiere pensar en las articulaciones entre construcciones socioculturales e históricas — que definen posiciones y lugares—, y los mandatos, permisibilidades y prohibiciones genéricas que, si bien toman diferentes expresiones según las culturas y las épocas, mantienen como constante las asimetrías a favor de lo adulto y lo binario heteronormado. Esta lógica habilita, pero a la vez prohíbe e impone, estableciendo una especie de código de conducta regulado por el sistema de edad y género al transmitir normas de subordinación absoluta al adulto y una sexualidad binaria inculcada desde el inicio de la vida. Esto deja como abyectas a todas aquellas personas cuyas orientaciones sexuales e identidades de género no se sienten representadas con el binarismo masculino/ femenino, y/o con la heterosexualidad entendida como norma, como sería el caso de los adolescentes trans. Este hecho marca la necesidad de que la clínica psicoterapéutica se valga de nuevas herramientas para poder realizar intervenciones frente a la variabilidad de las identidades de género y de las preferencias sexuales, y para ello viene a nuestro auxilio la perspectiva de género. Resulta indispensable construir e implementar categorías conceptuales y metodológicas que puedan captar las nuevas lógicas en las que se despliegan los modos de subjetivación contemporáneos.

Precisiones conceptuales

El concepto de género tiende a ser rechazado dentro del psicoanálisis por considerarlo propio del campo social y, por ende, ajeno a lo psicológico (Rosenberg, 2000; Tubert, 2003; Bleichmar, 2009). Dio Bleichmar defiende el empleo del término género y su incorporación y articulación con la teoría psicoanalítica, en tanto sostiene que Freud "*sí consideró el par feminidad/masculinidad de forma equivalente al concepto actual de género*" (1996, p.100), aunque "*no tenía las herramientas conceptuales para poder concebirlo y formularlo*" (1996, p.101) y hacerlo trabajar, así, dentro de la teoría psicoanalítica.

Desde el relato freudiano, el aparato psíquico debe adueñarse de la diferencia sexual por tener una función estructurante en el Edipo, para dar paso a nuevos ordenamientos y a la construcción de una mayor complejidad subjetiva; mientras que en la escuela lacaniana se considera la diferencia sexual como una categoría simbólica fundamental, apoyada en estructuras lingüísticas. En ambos casos, predomina un pensamiento dico-

tómico: el rígido código binario de la castración (falo/castrado) o la lógica fálica de tener/no tener, lo cual es importante revisar para evitar miradas sesgadas. Se trata de una *lógica de la diferencia*, que supone elegir sólo una posición dentro de la lógica binaria: o masculino, o femenino. Reconocimiento de la diferencia sexual que se enlaza con la elección de objeto: deseos románticos y eróticos dirigidos exclusivamente al otro sexo. Ana María Fernández (1993) propone el concepto de la "Episteme de lo mismo" para nombrar estas dinámicas binarias, donde lo mismo será el eje de medida y lo otro será el doble o la sombra. Esta Episteme genera un estatus diferente para cada sexo desde la jerárquica atribución binaria, que va a dar lugar a que hablemos de A y no A, en lugar de A y B, donde A es superior y no A, lo otro, inferior o suplemento. Asimismo, la lógica de la diferencia -que se asienta sobre el orden sexual moderno-, ha producido una fuerte amalgama entre sexo biológico —hombre o mujer—, géneros —masculino y femenino—, deseo heterosexual —"activo" para los varones, "pasivo" para las mujeres— y prácticas eróticas específicas según estas distinciones —explorar, estimular, penetrar/ser explorada, estimulada, penetrada—. En la medida en que se combinaran "debidamente" sexo biológico, deseo, género, prácticas eróticas y amorosas en una identidad masculina o femenina, el orden sexual parecía asegurado. Por lo tanto, el psicoanálisis se ha constituido alrededor de la hegemonía de la sexualidad y del valor de la diferencia sexual como condición determinante para la constitución del sujeto psíquico.

Al poner en debate los discursos psicoanalíticos con los estudios de Género, es posible realizar una revisión crítica del psicoanálisis, a fin de resignar sus pretensiones de universalidad y atemporalidad. Si la teoría psicoanalítica considera a las relaciones entre los sexos como estructuras ahistóricas, esto acarrea una confusión entre la universalidad de las fantasías de base y la historicidad construida de los dispositivos en la relación entre los sexos y los géneros (Tort, 2017). Consecuentemente, si los contextos se transforman, ponen en cuestión las construcciones teóricas y resulta indispensable revisarlas con el fin de pensar cómo, más allá de la noción de diferencia sexual, se despliegan los modos de subjetivación en un escenario social convulsionado. Hoy los cuerpos biológicos no marcan ya una identidad para toda la vida, los itinerarios del deseo siguen caminos que se apartan de las normas sociales heterosexuales establecidas, las identificaciones pueden no coincidir con el cuerpo anatómicamente sexuado, y la elección de objeto se desacopla de la identidad. Como terapeutas, para poder comprender el malestar subjetivo de los pacientes y asistirlos en consecuencia, es necesario que no nos valgamos de sesgos normalizadores y que promovamos el respeto por las diversas configuraciones de identidad y deseo que cada sujeto logra establecer en el contexto social donde vive. La

noción de identidad leída con los aportes de los estudios de género, permitirá dar cuenta de algunas precisiones que habilitan la enorme variabilidad de la subjetividad humana.

Acerca de la identificación

La identificación, en su calidad de mecanismo estructurante de lo psíquico, es un concepto que atraviesa toda la obra freudiana, y es entendido como la manifestación más temprana de un enlace afectivo con otra persona (Freud, 1920). La operación de advenimiento de un nuevo sujeto psíquico se dará en un espacio vincular: los padres tienen la labor subjetiva de transformar el ensamblaje anatómico de un recién nacido —su soma— en un sujeto psíquico y social, al presentarle el mundo cultural desde su particular idiosincrasia. Y si lo psíquico surge del entorno familiar, las identificaciones acercarán al sujeto tanto al narcisismo parental constituyente, como al reconocimiento del sistema social del cual es producto.

Freud discrimina entre identificaciones primarias y secundarias, y sostiene que la identificación es posible para un sujeto gracias al modelo de sus relaciones de objeto. Las identificaciones primarias son productoras "de los rudimentos iniciales de la subjetivación, necesarios para que las identificaciones posteriores tengan un 'suelo' que permita establecer la subjetividad" (Korman, 2013, p. 137). En su sustrato psíquico indiferenciado, prima el autoerotismo y la ambivalencia, por ello es que son directas, inmediatas y anteriores a toda carga de objeto (Freud, 1914). El niño es un polo de esperanzas, proyectos y atributos, provenientes del deseo de los progenitores, que una vez fijados en él, instituyen la identificación primaria mediante un "(...) baño narcisista y simbólico, donde bullen los deseos y los fantasmas parentales" (Korman, 1995:73), sin que medie un consentimiento del infante. Esta tarea parental subjetivante tiene un peso determinante en estos tiempos tempranos, pues no hay que olvidar el tremendo desamparo del humano al nacer, y la enorme dependencia hacia sus objetos primarios. Es necesario destacar que los padres son interiorizados como objeto y modelo ideal simultánea e indiscriminadamente. La discriminación entre objeto y modelo deberá esperar hasta los tiempos del Edipo, cuando comenzará la distinción entre *ser* y *tener*. Las identificaciones secundarias sobrevienen cuando ya existe un psiquismo incipiente que media por parte del infante, es decir, son secundarias a una investidura libidinal y operan sobre el 'sustrato' psíquico ya establecido por las identificaciones primarias. Suponen un yo ya constituido, con la posibilidad de establecer diferencias entre un yo y un no yo, y en tanto son relaciones mucho más discriminadas, posibilitarán la elección de objetos de amor infantiles. La am-

bivalencia persiste, ya que el par amor-odio se ha constituido en antitético, sólo que se juega ahora en el registro pulsional fálico. Para Freud, la diferenciación de los sexos está en el meollo de esta variedad de identificaciones, con un espacio psíquico organizado triangularmente. Los objetos edípicos son, a la vez, objetos de identificación, que se inscribirán en los registros de la elección de objeto de amor de un infante.

El pasaje por el Edipo engendra, desde la postura freudiana, sistemas y estructuras intrapsíquicas. Sintéticamente, una vez que declina el complejo de Edipo en el sujeto se habrá constituido un aparato psíquico con las instancias del inconsciente, preconscious y consciente ya en interacción. Si dicho psiquismo es caracterizado desde la segunda tópica, se afirma la co-presencia estructurada del Ello, Yo y Superyó. Esto supondrá un sujeto en un devenir permanente, dividido y determinado por fuerzas pulsionales, habitado por el deseo, la sexualidad, que lleva inscrita su historia, y que ha hecho propio el código de connivencias y prohibiciones particulares de su cultura. De este modo, contará con un conjunto de sentidos y valoraciones, significaciones morales e imperativos éticos, que definirán su identidad y la representación de sí. La libidinización infantil de los objetos parentales, las identificaciones inherentes al pasaje por el Edipo y la prohibición del incesto permitirán una elección exogámica en el sujeto. En esta etapa se producen las identificaciones al rasgo, mediante la introyección de rasgos altamente parciales y limitados de los objetos. Ello supone que se trasciende el narcisismo primario, mediante el paso a las relaciones edípicas más discriminadas, aunque siempre quedarán remanentes estructurales narcisísticos en la estructura psíquica del sujeto. Los rasgos que el sujeto internaliza de los objetos de identificación —tanto familiares como exogámicos— funcionan, al menos, en dos sentidos: identificar al otro reconociéndolo como tal —distinto a uno—, e identificación con el otro, apropiándose de algunos de sus rasgos. Y luego serán parte de una constelación propia, novedosa, de la que emergerá un sujeto singular, donde la diferenciación y la autonomía resultarán claves para el desarrollo de la subjetividad.

Ahora bien, a pesar de que la definición freudiana de psicosexualidad es diferente a toda concepción instintivista, pareciera que, entre los analistas, como plantea Dio Bleichmar, predomina el supuesto básico de que *"la anatomía es el destino"* (1997, p.91), como si la existencia de un cuerpo biológico que determina las características psíquicas que obtienen en su desarrollo niñas y varones, fuese impermeable a las marcas de otros significativos y de las instituciones culturales. Igualmente, la institución de la categoría del pene como "el" órgano sexual, y la subsiguiente clasificación de los sujetos como poseedores o desposeídos de pene, muestra cómo la cultura ha erigido sobre una parte

de los genitales masculinos el símbolo de lo valorado socialmente, lo que convierte el orden de los sexos en algo desigual.

La diferencia sexual anatómica organiza “una primera dicotomía fundamental, que desemboca en una tipología intelectual de lo semejante y lo diferente, oposición primordial base de nuestro pensamiento: no se puede pensar nada sin pensar en su opuesto” (Heritier-Augé, 1996:56). Esta organización da lugar a sentidos subjetivos que aparecen como oposiciones ordenadoras que, naturalizadas, son empleadas para que el mundo social adquiriera sentido, estableciendo una mitad del código social para lo masculino y la otra mitad para lo femenino. Por lo tanto, el desarrollo de la subjetividad se instituye en el seno de un sistema simbólico binario que atribuye significados, los cuales se implantan de modo exógeno y pretenden ser entendidos como naturales. Sin embargo, son productos de arreglos sociales, y suponen una operación intelectual que intenta dar un fundamento esencialista a lo instituido socialmente, como una modalidad constitutiva de sentido, donde la percepción de esas diferencias permite que el mundo “adquiera forma” ante los sujetos, lo que invade todos los ámbitos de la experiencia, y se filtra en las teorías de modo velado. Este entramado sociocultural opera en la constitución subjetiva, defendido como un supuesto orden “natural” por muchos sectores conservadores.

El género como componente de la identidad

El género resulta un componente de la dimensión de la identidad temprana, con una importante impronta. Las relaciones cara a cara de los padres con la cría humana durante sus dos primeros años de vida instaurarán en el psiquismo infantil un sentimiento íntimo de género, a partir de la implantación exógena de la fantasmática y del deseo de esos otros, acordes con representaciones sociales preestablecidas y preexistentes de masculinidad y femineidad, patrimonio de la estructura socio-cultural en la que los padres han surgido como sujetos sexuados. En un proceso intersubjetivo complejo, los adultos modelan y codifican ese cuerpo mediante la transmisión de representaciones conscientes e inconscientes masculinas y femeninas. Estos significados constituirán la materia prima para esa subjetividad incipiente, comenzando por los colores celeste y rosa de la cuna y la ropa del bebé, el uso de pronombres y el universo de conductas diferentes que le serán transmitidas. Por lo tanto, en su ingreso al mundo intersubjetivo, el infante se encuentra con un universo de representaciones sociales donde las distinciones femenino/masculino están claramente establecidas, prescribiendo desempeños de género, proscribiendo comportamientos y asignando roles específicos para lo masculino



y lo femenino, con características exclusivas y distintivas en los aspectos morales, afectivos y psíquicos según los acuerdos sociales, las costumbres y las tradiciones vigentes.

Los padres van implantando un género mediante el mecanismo de identificación proyectiva. Valiéndose de las categorías de género hegemónicas en la sociedad, proyectan sobre ese cuerpo representaciones genéricas a través del discurso, la acción, los deseos, las expectativas y las fantasías —conscientes, preconscientes e inconscientes—, que van inscribiendo operaciones de diferenciación en los niños. Esas operaciones tienden a acentuar los signos sexuales exteriores en conformidad con la definición social que se hace de ellos, así como también a estimular prácticas adecuadas para su género, a la vez que impiden o dificultan los comportamientos considerados inadecuados. Todos esos contenidos desplegados marcarán al infante con una gran fuerza modeladora, pues “funcionará como el troquelado en que la cría humana estructurará sus identificaciones y complementaciones de género” (Dio Bleichmar, 2005, p.289). Una vez unificada la experiencia parental de atribución e implantación de género en el yo infantil, a este proceso se le sumará el deseo del infante de identificarse al doble, *al que percibe como de su propio género*, al que se quiere parecer. Se inaugura de este modo un proyecto identificatorio que dará lugar a que un infante instaure en su psiquismo el *sentimiento íntimo de género* como atributo de la identidad, sentimiento “estructurado por identificación al igual y complementación con el diferente, proceso a su vez circular del niño con sus padres y familiares, y de éstos hacia el niño” (Dio Bleichmar, 2005, p. 286), en un momento previo a la investigación de la diferencia sexual y de la función reproductora de los órganos sexuales como componentes de esa identidad. Si la identificación pre-edípica se constituye como un polo privilegiado de investidura libidinal —en tanto es directa, inmediata y más temprana que cualquier investidura de objeto—, ello implica la existencia de un “prototipo, un ideal de género, el cual se toma como modelo” (Dio Bleichmar, 1996, p.43) que la antecede, que se encuentra atravesada por lo social, y el yo del niño buscará conformarse de acuerdo con él. Por medio de la identificación, un niño se reconoce similar a aquellos del mismo género, incorporando normas y reglas que prescriben lo propio de ese género; pero, a la vez, se diferencia del distinto a su género, porque entiende las normas y reglas de éstos últimos, como ajenas a él. Esto da cuenta de una doble condición del género, que es a la vez identidad y rol: hay un conjunto de contenidos tipificados genéricamente que determinan cómo debe ser el sujeto masculino o femenino al actuar, y hay sentimientos del ser que se reconoce masculino o femenino por desempeñar esas actividades y conductas propias de su condición. Simultáneamente, es reconocido por los otros en tanto se ajuste al desempeño esperado, en una organización tanto social como subjetiva. Durante la infancia, los códigos de género son rígidos en lo

que respecta a modelos, actividades y apariencias, por lo que apartarse de ellos es fuertemente censurado. Varoncitos y niñas se enfrentarán a mensajes adultos muy diferentes respecto a la legitimación de los comportamientos en términos de pasividad y actividad, por ejemplo. Esto muestra la coacción que tienen los modelos de comportamiento duales y excluyentes a la hora de que esas niñas hiper-desarrollen habilidades y actitudes consideradas propias de su género y que disminuyan o atrofien muchas otras, lo que enmascara la heterogeneidad de las categorías y la interdependencia de los términos.

Resulta importante aclarar que la identificación con el género asignado no es homogénea, debido tanto a los factores inconscientes transmitidos a través de los mensajes enigmáticos de padres o cuidadores, como a otros factores, propios de cada subjetividad. Las determinaciones de género impuestas deberán, a posteriori, ser ratificadas o reformuladas singularmente por el sujeto. Se trata de un proceso que no será lineal ni único, pero sí singular, pues cada sujeto metabolizará a su modo las representaciones sociales genéricas que la sociedad instituye para la conformación de sujetos, combinando lo idiosincrático y psicodinámico con el afuera de un modo dialéctico, lo que determinará luego en él la organización de su identidad, el tipo de elección de objeto y de sexualidad y deseo erótico, en un proceso que “engloba las acciones y las prácticas, los cuerpos y sus intensidades: es un nudo de múltiples inscripciones deseantes, históricas, políticas, económicas, simbólicas, psíquicas y sexuales” (Fernández, 2006, p. 9).

La construcción identitaria trans

Usualmente se espera que el sexo coincida en forma armónica con la identidad de género que socialmente se le asigna a un sujeto al nacer, para que así se identifique con ‘lo esperado’ desde el binarismo heteronormado. Si ‘lo esperado’ ocurre, la diferenciación entre sexo y género no tiene sentido, permanece perfectamente oculta, y cada uno de estos elementos parece formar parte de un todo coherente y sin fisura alguna. Pero, hay personas que no se identifican o no se autoperciben con el género asignado al momento de nacer en función del sexo. Muchas veces, una niña se reconoce similar al de su género autopercebido y se diferencia de quien reconoce como diferente, en una asimilación que supone identificación y complementación. Y cuando, ya en la infancia, o incluso en la adolescencia, su presentación corporal —su expresión de género— cuestiona el binario sexo/género, es señalado porque se desajusta de lo socialmente esperable, e incluso, es psicopatologizado. La causa de ello son los arreglos de poder que entreteje el campo



social, donde se supone la existencia de una continuidad, una conformidad y una coherencia entre sexo, género y deseo —expuestas en las categorías hegemónicas y heteronormadas varón o mujer—, donde necesariamente no la hay. Esos sentidos naturalizados son los que alimentan la patologización, la inferiorización y la exclusión de las personas que tienen una expresión sexo-genérica que se hace visible porque se desajusta de lo esperable. Y aunque vivimos en una época en la que coexisten múltiples maneras de experimentar la masculinidad y la femineidad, las fronteras sociales persisten entre esos polos, y el sentirse incluido en uno de ellos ofrece seguridad, pues ante la tendencia social a naturalizar la identidad y a definirla como estructura sólida, esto tranquiliza y ayuda a vivir sin dudas ni ansiedades. Las trayectorias de las personas trans disputan el modelo de conocimiento normativizante y dominante sobre la sexualidad y el género, y cuestionan la lógica de la diferencia, basada en el binomio hombre-mujer y en lo heteronormado, pues, como dice Butler, a fines del conocimiento social, “no basta con ser seres sexuados sino que, además, es necesario ser seres sexuados ‘de cierta manera’” (2012, p. 11). Las experiencias y los relatos de las personas trans visibilizan nuevas formas de comprender el cuerpo y de concebir a la identidad, como una entidad múltiple, en proceso y abierta a la continua redefinición, producida y mantenida en el campo de las relaciones sociales y las estructuras de poder. Por ello, en los siguientes apartados se utilizarán distintas formas de lenguaje inclusivo —la ‘x’, la ‘e’— para poder desafiar las tipificaciones binarias del imaginario social de género y poner en marcha ejercicios de deconstrucción de los saberes, lo que Foucault (1985) llamaría la política de la verdad en lo atinente a lo que cuenta como normal o anormal, legítimo o ilegítimo en el ámbito de la identidad. Esto permitiría emprender proyectos críticos de producción de conocimiento que contribuyan a generar saberes más incluyentes respecto de la diversidad de experiencias identitarias existentes.

Adolescencias trans

En general, la clínica del adolescente siempre interpela y creo que también desvela, porque los modelos con los que contamos para entenderlos no se valen del paradigma de la complejidad. No podemos seguir pensando a la adolescencia como una etapa únicamente llena de duelos, ni como una etapa plena de vida, pues la subjetividad resulta de un entramado complejo que incluye la herencia, la situación personal, las vivencias familiares y las condiciones histórico-sociales que les adolescentes deberán tramitar. En la medida en que el género se presenta como un atributo social que precede al sujeto y

del cual éste deberá ser investido, opera como regla invisible para medir la “normalidad” de los adolescentes en su desarrollo. No se puede desconocer el hecho de que existe una ordenación entre los sexos, claramente jerarquizada y socialmente determinada, que preexiste tanto a la conformación de las identidades individuales como a cualquier reflexión científica que pretenda dar cuenta de dicho proceso. El género, en tanto adjudicación de contenidos preestablecidos a un cuerpo sexuado, es también un proceso de disciplinamiento del cuerpo y la subjetividad de los individuos, con una carga ideológica que lleva a considerarlo como naturales.

El reconocimiento de la diversidad es el reconocimiento de la alteridad, e implica traspasar la lógica binaria, buscando en sus intersecciones, con el fin de pensar el complejo camino de producción de la subjetividad. Pensar en clave de diversidad significa reconocer y aceptar que los cuerpos biológicos no marcan ya una identidad para toda la vida, los itinerarios del deseo siguen caminos que se apartan de las normas sociales establecidas, las identificaciones pueden no coincidir con el cuerpo anatómicamente sexuado y la elección de objeto se desacopla de la identidad. Aquí es importante aclarar que en cada situación habrá que distinguir qué elementos de la serie moderna se desacoplan, cuáles permanecen abrochados y de qué manera, es decir, si sostienen la lógica binaria o la desbordan. En la lógica de la diversidad, las categorías preestablecidas masculino/femenino deben ser entendidas como referenciales abstractos, ante los cuales es posible situarse en posiciones de mayor o menor proximidad, o directamente difuminarlos, en contraposición con la lógica de la diferencia, que supone o la pertenencia o la exclusión absoluta de las categorías masculino femenino definidas. De lo que se trata es de subvertir o trastornar la diferencia sexual como principio de entendimiento cultural, que torna al sexo como dicotómico, hetero y estable mediante una simbolización jerarquizante de la diferencia.

Las adolescencias trans pueden ser pensadas como identidades nómades (Braidotti, 2000), metáfora de los desplazamientos, migraciones, flujos y movimientos de los itinerarios del deseo por el que puede transitar una persona, más allá de la norma heterosexual pre-fijada. Y en tanto la sexualidad y la identidad de género pueden ser fluidas, no hay que exigir definición, no es nuestro deber etiquetar a los pacientes. Lo importante es que les acompañemos en su exploración y que verbalicemos la incertidumbre que ello les conlleva, evitando minimizar lo que sienten porque es sólo una “fase” que pasará, ya que muchas veces no es así. Por ello es necesario que demos espacio a que los adolescentes den cuenta del nivel de aceptación y comodidad con su orientación sexual, identi-



dad y expresión² de género. Missé (2016) define la transexualidad como la experiencia, el deseo o el fenómeno de querer vivir en una identidad de género que no es la que se le asignó al nacer, lo que puede implicar, o no, modificar en mayor o menor medida el cuerpo para una cierta adecuación. Mientras algunxs adolescentes trans buscan acercarse a los dictados predominantes del género binario, otrxs intentan “negociar” y combinar algunos elementos binarios, e incluso, pueden llegar a interpelarlos. Aquí es importante entender que se manifiestan expresiones genéricas que no son fijas, y que o se mueven en el intersticio entre un género y otro alternativamente; o articulan los dos géneros socialmente hegemónicos, formulando nuevas alternativas. Estas posibilidades muestran el carácter construido de las identidades, su maleabilidad y su indeterminación biológica, al romper las fronteras del género asignado y emprender múltiples tránsitos. Y en esa multiplicidad trans, algunos defienden la necesidad de realizar un cambio corporal, lo que refuerza la normatividad de la correspondencia entre sexo y género, buscando representar la construcción genérica tradicional hasta donde las posibilidades personales, tecnológicas y culturales lo permiten contemporáneamente para emular el orden heteronormativo, motivades por el deseo de resolver el equilibrio entre cuerpos e identidades normativas. Por eso cobra tanta importancia la cultura del passing: varones trans con binders y mujeres trans con corpiños con rellenos si no poseen implantes. Lo interesante aquí es que la transición “no engaña” al propio sujetx. Hay conciencia de la imposición de género que rige sobre los cuerpos, y que pasar a otro género siempre será un proceso inacabado, perfectible. Otrxs consideran que ser trans no tiene que ver con algo observable (tener los genitales de origen o haberse operado), sino con una forma de entender su identidad de género. Consideran que su cuerpo no precisa reconceptualización sexo-genital, aunque en mi casuística, son los menos. Sin embargo, esta posibilidad supone reconceptualizar la vinculación entre cuerpo y género hasta el punto de cuestionar que los pechos, la vagina, la menstruación o el embarazo sean elementos inherentemente femeninos, o que tener pene sea algo necesariamente masculino. En consecuencia, el género no tiene aquí un carácter ni natural ni fijo, y aparece como posibilidad permanente de reconfiguración flexible, deconstruyendo los órdenes que se imponen al cuerpo.

Les adolescentes tienen dudas, preocupaciones, fantasías y/o temores frente al posible hecho de transicionar, y los efectos de esto en los otros, las posibles discriminaciones, etc. Es importante que en sesión fantaseen con lo que imaginan, que digan dónde

² Con *expresión de género* se hace referencia a la manifestación del género de la persona, lo que incluye su forma de hablar, manierismos, modo de vestir, comportamiento personal, interacción social, modificaciones corporales, entre otros aspectos. Constituye las expresiones del género que vive cada persona, ya sea impuesto, aceptado o asumido.

obtuvieron esa información, y, para ello, lxs terapeutxs debemos contar con datos claros y veraces para poder ayudarles. Evitemos minimizar riesgos basándonos en suposiciones y prejuicios. Hablemxs con les adolescentes sobre los beneficios y los posibles retos que implicaría visibilizarse. Debemxs ser cuidadosxs y realistas: los dispositivos sociales normalizadores no habilitan salir de la norma, por lo que es indispensable mostrar esto para conocer su grado de autoestima, autoafirmación, resiliencia y nivel de concientización y respeto de las personas que les rodean antes de acompañarles a dar ese paso.

Las variables sexo/genéricas y etarias —es decir, el sexo, el género y la condición de adolescencia— se sobreimprimen, dando lugar a una configuración particular del sujetx, con y situaciones singulares y específicas de ejercicio y vulneración de derechos. Por ello, en el caso de les adolescentes trans, es necesario prestar mucha atención a las condiciones sociales y eventos en los que la hostilidad se hace presente a través de la discriminación, el prejuicio, la exclusión, la ridiculización y la invisibilización por la falta de aceptación social de la transexualidad. La sociedad transfóbica produce efectos subjetivos severos, pues si la identidad de género con la que se autopercibe no puede ser expresada en el contexto, pues si ser abiertamente quien es puede significar un peligro, el adolescente trans en muchas ocasiones permanece en un estado de alerta y de autovigilancia para evitar estos costos, llegando incluso a autocensurarse. Por ello, me gustaría dar cuenta de las Vulnerabilidades específicas que afectan a lxs adolescentes trans:

- En relación a la familia de origen, el que no sea aceptadx puede incrementar el sentimiento de inadecuación, vergüenza y culpabilidad y terminar por vulnerar y limitar su capacidad de acción. Existe una relación clara entre el grado de aceptación o rechazo de lxs familiares y la exposición a riesgos para la salud por parte de estos adolescentes. Además, lxs adolescentes dependen económicamente de sus familias, así que, si consideran que pueden ser expulsadx de sus hogares, quizá lo oportuno sea esperar a ganar independencia económica y habitacional para visibilizarse en la familia.
- En relación a la escuela o colegio, es importante no perder de vista que en este momento evolutivo se comienzan a configurar las diferentes posiciones en las relaciones de poder entre pares, por lo que, si no se trata la temática con ellos, el ámbito educativo puede convertirse en un infierno a quien se visibilice como trans. Si a ello sumamos autoridades y docentes no formades y sensibilizades con la diversidad sexual, expresión e identidad de género, se puede agravar la situación. El desprecio, el aislamiento con que los colectivos de pares sancionan socialmente los comportamientos y actitudes que se apartan del modelo esperado, junto con la aceptación y valorización social de lo ajustado, refuerzan el proceso de modelación sexista binaria y con-

trapuesta. Esta presión hacia la norma y el papel de los pares, que actúan con la complicidad del mundo adulto, conforman la base del bullying homofóbico. El acoso escolar daña la autoestima y amenaza el desarrollo emocional, genera sufrimiento, aislamiento y miedo y pone en severo riesgo la integridad de quienes lo sufren. Ser o parecer LGBT es el segundo motivo de discriminación indicado por estudiantes de entre 15 y 18 años en diez provincias de la Argentina (Capicúa Diversidad, 2014), y el acoso es sufrido en mayor medida por les adolescentes trans, lo que da lugar en muchas ocasiones al abandono de la educación.

- En lo concerniente a la salud: Los problemas de salud mental más frecuentes en adolescentes, es decir, depresión, ansiedad, pánico, sensación de aislamiento vinculada a la exclusión y baja autoestima, pueden incrementarse por la sociedad transfóbica en un adolescente trans, que agrega a ese combo situaciones del “afuera” de la subjetividad que le afectan: la discriminación, la violencia sufrida por ser trans, los conflictos en las relaciones vinculares, y en ocasiones, la falta de apoyo familiar, educativo y del equipo de salud. El orden social heteronormativo avala la injuria, es decir, que se marginalicen e inferioricen identidades y elecciones objetales que no responden a lo binario y heteronormado. Debemos estar atentos a la ideación suicida y a las conductas autolesivas, que no deben relativizarse. Es importante reaccionar a tiempo y ofrecer la atención adecuada.

Algunos lineamientos posibles de trabajo psicoterapéutico con enfoque de género

No es casual que muchas personas trans eviten solicitar ayuda terapéutica o consulta en Salud Mental, y ello es consecuencia de la existencia de no pocas experiencias en las que ciertos psiquiatras, psicoanalistas o psicólogos realizaron intervenciones que patologizaron a priori toda posición genérica que no esté subordinada a las prescripciones normativas y heterosexistas, pareciera que con el propósito de eliminar toda ambigüedad y reducir las diferencias, condenando como anormales a todas aquellas presentaciones que contrarían el modelo hegemónico.

Por eso, la primera premisa para trabajar en psicoterapia de modo inclusivo es la de despojarse de esquemas mentales cerrados y pretendidamente seguros, para revisar críticamente las teorías que sustentaron y aún sustentan las prácticas de atención, y evitar que los dispositivos terapéuticos se transformen en espacios de reproducción social del orden androcéntrico. Solo así estaremos en mejores condiciones para aliviar el



sufrimiento y los altos niveles de angustia que pueden padecer algunas personas trans, no por su identidad autopercebida, insisto, sino por la sociedad transfóbica, donde la desaprobación, el rechazo, el hostigamiento que en muchísimas ocasiones se sufre, genera un enorme aislamiento social, que repercute en el nivel de autoestima y también produce interrupciones tempranas de la escolarización.

El transicionar en una sociedad con rígidos moldes sexo/genéricos afecta no sólo el sentido de pertenencia social, sino que tiene peso en la conformación subjetiva, en los vínculos con otrxs, en la salud y el bienestar, así como en las oportunidades vitales a las que se puede acceder, con costos a corto, medio y largo plazo. Esto me llevó a pensar en una intervención terapéutica que no haga simplificaciones abusivas y que respete la trama de múltiples elementos que se combinan en la singularidad de cada sujetx, no para pensar un espacio exclusivo para lo trans, sino para dar lugar a un modelo inclusivo. Si bien es un modelo en creación, presento en este trabajo algunos posibles ejes de intervención, que permitirían contar con ciertas orientaciones para la clínica que eviten la reproducción de fórmulas o certezas dogmáticas. Dichos ejes para un modelo inclusivo de trabajo en salud mental son:

1. *Trabajar con la historia del paciente.* Por miedo, vergüenza e impotencia muchas personas se sienten imposibilitadas de expresar abiertamente su identidad de género y la orientación de sus deseos sexuales, por lo que se encierran en el clóset. Vivencian esto como una especie de mecanismo de seguridad y protección, pero, en realidad, supone un estado de vigilancia permanente con lxs otrxs y consigo mismas, frente a cualquier posibilidad de ser expuestx y quedar vulnerable frente al ordenamiento sociocultural binario y heteronormado. Historia dolorosa sobre la que cuesta volver, pero al revisarla con le paciente, es posible pensar cuándo aparecieron sensaciones, ideas y las propias características subjetivas, lo que le va permitiendo constituirse y correrse de la existencia disociada. Integrar las experiencias del pasado al ahora sirve para exponer la trama que nos hace ser quién somos, con identidades tan plurales y diversas como lo son los estilos de vida que a ellas están asociados. El insight necesita de las funciones cognitivas, pero debe estar intrincado con la emocionalidad, a fin de realizar nexos entre los acontecimientos y las emociones. El proceso terapéutico debe dar cabida a lo implícito y lo explícito e integrarlo para que le paciente pueda tomar conciencia de los afectos y las contradicciones emocionales en las que vive. Las expresiones faciales, los gestos y posturas son todas expresiones no verbales que deben ser incluidas.
2. *Acompañar sin juzgar ni encauzar.* El acompañamiento que podemos ofrecer es muy importante, porque incide en las oportunidades vitales; todas las personas necesita-



mos vínculos y apoyos para crecer como seres adultos equilibrados, libres y saludables; por lo que, al igual que con cualquier paciente, es imprescindible revisar si se siente, o no, parte de una familia, si está a gusto en su espacio escolar o laboral, si cuenta con amigos y tiene planes para el fin de semana, si cuenta con modelos positivos que les ayuden a proyectar un futuro posible, pero sin minimizar o negar la transfobia social, que existe. Por ello, la tarea más importante del terapeuta es ayudar a le paciente trans a vivir lo más cómodamente posible, revisando las estrategias habitualmente utilizadas para resolver los problemas, definir y trabajar los conflictos y ayudarlo a actuar con el mayor realismo respecto a la actividad laboral y a las relaciones sociales en el marco social que le tocó vivir. En este sentido, la función de holding³ winnicottiano, cuando se extiende al trabajo psicoterapéutico, requiere de una capacidad adicional en el analista, quien, además de la preparación teórico-técnica tradicional dirigida a la interpretación, debe estar presente y no tan abstinentemente. Para Winnicott, las características reales y actuales del analista participan del proceso terapéutico con cualquier paciente, por lo que la transferencia puede ser entendida como una construcción nueva que, aunque surge de las vivencias del paciente y de su pasado, en la situación terapéutica actual el analista también contribuye a la misma. Si los pacientes vienen sufriendo toda clase de rechazos, por ejemplo, en las figuras que lo debieron sostener, podemos decir que, gracias al vínculo transferencial, es posible mostrarles que se pueden dar vincularidades nuevas entre dos personas.

3. *Revisar la propia historia genérica del profesional que interviene.* Le profesional también debe preguntarse acerca de su propio proceso identitario. Trabajar en el tema Trans supone revisar el sistema de géneros que hemos construido y que manejamos diariamente, nuestro vocabulario, ser muy cuidadosxs con la asignación sexual de nuestras palabras. También debemos preguntarnos sobre los vínculos con nuestro sexo biológico, nuestra identidad, nuestra orientación sexual y nuestra sexualidad. La clínica contemporánea reclama una apertura permanente de nuestra escucha, no sólo para le paciente en su singularidad, sino también para examinar nuestras propias teorías sexuales y representaciones de género con sus determinaciones ideológicas, con el fin de que no nos valgamos de sesgos normalizadores y promovamos el respeto por las diversas configuraciones de identidad y deseo que cada sujeto logra esta-

³ La función de holding hace referencia a un factor básico del cuidado materno, que corresponde al hecho de sostener (emocionalmente) al niño de manera apropiada. El término viene del verbo inglés "hold": sostener, amparar, contener. Cuando una madre tiene un bebé en sus brazos, está comprometida física, emocional y simbólicamente de un modo especial: "sostener a un bebé es una tarea especializada", dice Winnicott. La madre que sostiene al bebé con tranquilidad, sin miedo de que se le caiga, adecuando la presión de sus brazos, lo mece con suavidad, le susurra o le habla cálidamente, etc., le brinda una vivencia integradora de su cuerpo y una buena base para la salud mental. El sostén facilita la integración psíquica del infante.

blecer en el contexto social donde vive, haciendo lecturas desde la transversalidad del enfoque de género.

Las personas trans y sus realidades nos confrontan con las regulaciones sociales que damos por «buenas y normales», y que en realidad generan mucho sufrimiento y frustración a todes, y ya es hora de que comencemos a cuestionarlas. Creo que estos ejes constituyen un punto de partida para armar un psicoanálisis inclusivo, para mitigar el sufrimiento psíquico y evitar encarnarnos como voz renacida de los dispositivos de normativización, pues si hay espacios de contención y aceptación social, oportunidades para la asociación y la acción colectiva y referentes positivxs con quienes identificarse, las identidades se fortalecen y se afirman.

El género es construcción social y no destino, por lo tanto, en la medida en que se trata de constructos sociales, pueden deconstruirse. Si bien los sujetos se *en-generan* en y a través de una red compleja de discursos, prácticas e institucionalidades históricamente situadas que le otorgan sentido y valor a la definición de sí mismos y de su realidad, la perspectiva de género muestra la posibilidad de géneros con muchos matices posibles, que sufren cambios en sus posicionamientos. Las identidades genéricas se deben interrogar tanto en la persistencia de lo tradicional como en la presencia de algunos cambios en la constitución subjetiva, pesquisando el cómo y el por qué se invisten y se negocian posiciones y sentidos singulares que combinan lo novedoso con lo tradicional. Reconociendo esto, el incorporar el enfoque de género como herramienta de análisis al trabajo en adolescencias, permite ampliar la mirada sobre lo que hasta ahora eran puntos ciegos de la reflexión, prácticas y políticas en materia de promoción y protección de derechos.

María Gabriela Córdoba

Doctora en Humanidades, área Psicología (Fac. de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán). Egresada del curso de Actualización en Psicoanálisis y Género (APBA-UK), Diplomada como Acompañante Comunitaria contra la Violencia de Género (UPC), Psicóloga (UNT) y Psicoterapeuta con enfoque de género. Miembro de la Asociación Argentina de Sexología y Educación Sexual. Co-coordinadora General de Centro SOMOS* NOA, dedicado a la Formación, Intervención e Investigación en Géneros, Masculinidades y Diversidad en la región Noroeste de Argentina. Docente universitaria de grado y de posgrado, e investigadora universitaria.



Resumen

Abordar las relaciones entre géneros y adolescencias requiere pensar en las articulaciones entre construcciones socioculturales e históricas y los mandatos, permisibilidades y prohibiciones genéricas que, si bien toman diferentes expresiones según las culturas y las épocas, sigue transmitiendo normas de subordinación absoluta al adulto y una sexualidad binaria inculcada desde el inicio de la vida. Esto deja como abyectas a todas aquellas personas cuyas orientaciones sexuales e identidades de género no se sienten representadas con el binarismo masculino/ femenino, y/o con la heterosexualidad entendida como norma, como sería el caso de los adolescentes trans. Este hecho marca la necesidad de realizar precisiones conceptuales a fin de aportar nuevas herramientas para la clínica psicoterapéutica, y para ello viene a nuestro auxilio la perspectiva de género.

Descriptor

Adolescencia – Identificaciones - Identidad de género – transexualismo.

Trans adolescent identities. Contributions for a psychotherapeutic clinic with a gender approach.

Abstract

Addressing the relationships between genders and adolescents requires thinking about the articulations between sociocultural and historical constructions and the mandates, permissibilities and generic prohibitions that, although they take different expressions according to cultures and times, continue to transmit norms of absolute subordination to the adult and a sexuality binary instilled from the beginning of life. This leaves as abject all those people whose sexual orientations and gender identities do not feel represented with the masculine/feminine binarism, and/or with heterosexuality understood as the norm, as would be the case of trans adolescents. This fact marks the need to make conceptual precisions in order to provide new tools for the psychotherapeutic clinic, and for this the gender perspective comes to our aid.

Descriptors

Adolescence - Identifications - Gender identity - Transsexualism.

Identités adolescentes trans. Contributions pour une clinique psychothérapeutique avec une approche de genre.

Résumé

Aborder les relations entre les genres et les adolescents nécessite de penser les articulations entre les constructions socioculturelles et historiques et les mandats, permissibilités et interdits génériques qui, bien qu'ils prennent des expressions différentes selon les cultures et les époques, continuent de transmettre des normes de subordination absolue à l'adulte et une sexualité binaire inculquée dès le début de la vie. Cela laisse pour abjectes toutes les personnes dont les orientations sexuelles et les identités de genre ne se sentent pas représentées avec le binarisme masculin/féminin, et/ou avec l'hétérosexualité comprise comme la norme, comme ce serait le cas des adolescents trans. Ce constat marque la nécessité d'apporter des précisions conceptuelles afin de fournir de nouveaux outils à la clinique psychothérapeutique, et pour cela la perspective de genre vient à notre secours.

Mots Clés

Adolescence - Identifications - Identité de genre - transsexualisme.

REFERENCIAS

Braidotti, R. (2000). *Sujetos nómades*. Buenos Aires: Paidós.

Butler, J. (2012). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.



- Capicúa Diversidad. (2014). *Informe sobre acoso escolar en la Argentina*. Buenos Aires: Capicúa Diversidad.
- Córdoba, MG. (2020). *Ser varón en tiempos feministas. Entre el conflicto y el cambio*. Buenos Aires: Noveduc.
- Dio Bleichmar, E. (1996). Sexualidad y género: nuevas perspectivas en el psicoanálisis contemporáneo. *Aperturas Psicoanalíticas* n°011.
- _____. (1997). *La sexualidad femenina: de la niña a la mujer*. Barcelona: Paidós.
- _____. (2005). *Manual de psicoterapia de la relación entre padres e hijos*. Barcelona: Paidós.
- Fernández, A. (1993). *La mujer de la ilusión*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (2006). *Política y subjetividad*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. (1920). *Más allá del principio de placer*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Korman, V. (2013). *El oficio del analista* (2° ed. corregida y aumentada). Barcelona: Triburgo.
- Heritier-Augé, F. (1996). *Masculino/femenino*. Barcelona: Ariel.
- Tort, M. (2017). *Las subjetividades patriarcales. Un psicoanálisis inserto en las transformaciones históricas*. Buenos Aires: Topía.
- Missé, M. (2016). Una mirada crítica a la cuestión de la transexualidad. En *Perifèria*. Barcelona.
- Tubert, S. (2003). *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra.
- Winnicott, D. (1972). *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa.